

24
15-11-99

Nº. 24



SOCIOLOGÍA

Sección española.

LA IGUALDAD DE DERECHOS Y EL "SUPERHOMBRE",

Una de las mayores dificultades con que tropieza la sociología moderna la constituyen los organismos degenerados, pero no aquellos que surten la estadística de la criminalidad y que sólo presentan un obstáculo pasivo, transitorio y, en la mayoría de los casos, puramente accidental á la teoría de la igualdad de derechos, sino los que, por un fenómeno psicológico, han alcanzado sitios elevados en las profesiones liberales, sitios que no corresponden á la bondad de su organismo ni á la condición de su inteligencia y que son una dificultad activa á la emancipación del pueblo.

Entienden los *intelectualistas* que aquél siempre será inferior é incapaz para elevarse á las regiones del ideal, y de esta premisa, que aun siendo discutible no tendría fuerza para constituir la tiranía del talento, elaboran la pica que, según ellos, há de derrotar á los nuevos emancipadores de la humanidad.

No se les alcanza, porque no puede alcanzárseles, que dentro de un rudo gañán exista un alma capaz para la vida de la inteligencia, y desconociendo aquel principio de Darwin en virtud del cual se demostraba que muchos cerebros superiores no se han manifestado por falta de accidente, atribuyen á poquedad orgánica lo que sólo es insuficiencia social. Además, están por averiguar dos cosas: si el arte es superior al don moral ó á otros dones, y si la superioridad de inteligencia constituye un título para poder gozar de más derechos.

Esos organismos que se creen elegidos y miembros de una clase excelsa, no son sino degenerados de la especie que padece manías de grandeza. Se horrorizan y sufren horriblemente al pensar que pueden ser considerados igual que los demás mortales, y como su enfermedad es de las que van envueltas con el ropaje del genio, emplean sus atributos intelectuales combatiendo las virtudes del pueblo y proclamando el reinado del *superhombre*.

Clasificando el fenómeno bajo su aspecto científico, cabe decir que estos organismos son aquellos que, en el camino de la evolución, han traspasado los límites que la Naturaleza marca al animal humano, no cultivando más que su cerebro, porque en sí no sienten otro goce ni otro poder, y despreciando los atributos del cuerpo, porque realmente el suyo no los tiene.

Verdad es que la masa hasé emancipado poco de sus gustos y de sus aficiones primitivas, pero el término medio del equilibrio orgánico lo forma la suma del hombre exclusivamente animal y la del hombre exclusivamente cerebral, y, por consi-

guiente, que el pueblo carezca de ciertas condiciones, no es razón para que se crean superiores aquellos que pecan por carta de más, porque con iguales títulos podrían considerarse tales los que pecasen por carta de menos.

Es preciso tener en cuenta que la sociedad del porvenir, á la que tanto aborrecen Nietzsche, D'Annunzio, Lavedan y sus émulos de por acá, quizá porque sacará de la nada á los que, con su ignorancia, motivan el engreimiento de estos superhombres, cuidará de desarrollar tanto las facultades mentales como las físicas, procurando que de este desarrollo ordenado, cuya medida dará la naturaleza del propio individuo, nazca el hombre capaz para sentir y para pensar, haciendo retroceder á los que, sujetos á un trabajo sedentario, hubieran perdido sus condiciones de animal, y haciendo adelantar á los que, trabajando sólo muscularmente, no hubiesen adquirido las de hombre.

Diffícil es convencer á los que para el convencimiento no reúnen primera materia: creer en la buena condición de sus semejantes, á quienes odian, porque se odian y se odian porque sufren.

Son ellos los más infelices del mundo, á pesar de que sólo para ser felices tienen motivo, si hemos de dar al bienestar exterior la importancia que tiene en la vida del hombre; y son infelices porque los que no se proponen quimeras se abandonan en brazos del cruel pesimismo. Uno de los factores más importantes de su infelicidad consiste en no creer en el amor, incredulidad infundada é irracional, que arranca de un organismo que no reúne condiciones para ser amado.

Reniegan del vulgo sin comprender que de él son obra y sin atinar que, al hacerlo, reniegan de su propia persona, pues, fisiológicamente considerados, son un producto de la combinación física de esta misma masa que tanto desprecian. Ella constituye el ambiente que ha formado á los *superhombres*, envoltura exterior de todo individuo; los elementos que los mantienen, los brazos que proveen su mesa y su casa, y hasta su bolsillo; y en cuanto á poder, cada una de esas células sociales tan desatendidas y al mismo tiempo tan necesarias, emplaza más fuerza vital que esos creadores de imágenes anormales, estafalarias muchas veces, que pregonan la dictadura del fuerte.

Por manera que, no por caridad hacia el humilde debemos establecer la sociedad igualitaria, sino por derechos al desvalido. Si alguien en el mundo necesita de la caridad y de la compasión ajena, son precisamente esos degenerados que se creen superiores y destinados á establecer y á ejercer la tiranía de la inteligencia. Sin embargo, la sociología moderna les hará la merced de considerarles iguales al vulgo, á quien tanto odian, siendo realmente inferiores, porque el arte, y más este arte trivial, compuesto de artistas sin carácter, es muy inferior á la entereza, á la constancia y á la buena voluntad que el vulgo emplea en sus propósitos.

CHARLES MONEY.

EL DIVORCIO

Partidarios como somos de la libre unión de los sexos, hemos de ser, necesariamente, partidarios de la libre desunión. Es obvio, pues, decir que, á nuestro parecer, no se precisan Códigos civiles ni otorgamientos canónicos para unirse ó desunirse.

No vamos á cuidarnos aquí de si el poder legislativo ha dejado algo al arbitrio del

poder judicial, ni de si los preceptos legislativos pueden ó no ser bien interpretados para los encargados de administrar justicia. Contrarios de toda legislación, por considerarla atentatoria á la libertad humana, sólo nos cuidaremos de analizar el jocoso contraste que los mismos legisladores ofrecen del honor en este asunto del divorcio.

A los defensores de la legislación debería parecerles natural el concepto jurídico de la honra si por igual se aplicara en uno y otro sexo. Pero eso de poder caer con tanta frecuencia la mujer, por ejemplo, en el artículo de injurias graves y atentatorias á la honra, proviniendo de ahí una causa para el divorcio, y el hombre quedar libre de responsabilidades, porque aunque con frecuencia haya cohabitado con mujer *no propia*, como no se produce nunca efecto alguno, se salva siempre; francamente no nos parece natural ni justo en justicia que los defensores de la actual sociedad encuentren perfectísimamente el funcionamiento de un Código tan poco equitativo y la aplicación de una ley que nos recuerda siempre fué confeccionada basándose en el derecho del más fuerte.

La estabilidad del matrimonio á perpetuidad forzosa parecióles á los legisladores modernos un atentado á la dignidad del hombre, puesto que la legislación antigua obligábale á continuar unidos, aunque la mujer delinquiera atentando á la honra del marido.

Así se ve que, según el criterio del conspicuo legislador moderno, el hombre tiene la epidermis de la honra más fina y más desarrollado el sentimiento del honor, por cuanto se afana en buscar preservativos que salven su dignidad ante la conciencia pública, *si por acaso* la que comparte con él las fatigas del hogar, que muchas veces no son pocas, ofende gravemente al cónyuge dando satisfacción á sentimientos y deseos que el hombre satisface siempre que le viene en gana.

Esta sociedad desequilibrada y fuera de quicio que navega con rumbo incierto por el Océano de la vida, acepta como natural y bueno que el hombre satisfaga sus necesidades sexuales, pero no perdona á la mujer que así lo haga. Y que no se nos diga que el Código acepta responsabilidades por igual para promover el divorcio. Raros son los casos en que la mujer puede ganar una querella entablada por ella á favor de la desunión; como raros son los casos en que el hombre no la gane entablada por él á favor de la desunión también.

No es nuestro ánimo entablar querella alguna, porque todo se ampare en el derecho del más fuerte. Hijo todo de la fuerza, por la fuerza se gana y por ella se anula el derecho. Lo que sí está en nuestro ánimo es demostrar lo que venimos sosteniendo los libertarios desde que alboramos en el progreso: que las leyes son un absurdo y no preservan ni salvan del malestar general, y cualquiera que ahonde en su investigación lo verá confirmado. Ni en los asuntos de carácter particular y privado, ni en los de carácter general y público, deja de percibirse nuestra afirmación.

La naturaleza es inútil quiera cohibírsela con leyes prohibitivas, pues se manifestará tal cual es y tal cual siente. Y si no puede encauzársela como quisiera el legislador moralista, se comprenderá perfectísimamente que huelga por inútil toda legislación que á ese asunto se refiera. Además de que parece lógico que si no vamos á consultar al cura ó al juez para amar, tampoco necesitamos su venia para dejar de hacerlo.

Y es disposición legislativa romántica y trasnochada la del divorcio, por cuanto se quiere reglamentar lo que no admite reglamentos.

SOLEDAD GUSTAVO.

IDEAS NUEVAS

IV Y ÚLTIMO

La ciencia no es patrimonio exclusivo de los privilegiados de la fortuna. Es el resultado del experimento y la observación de las generaciones y sociedades pasadas que, uniéndose á la investigación de uno la observación de otro, y al experimento el análisis, ha donado á nuestros días la suma homogénea de conocimientos y verdades que forma ese caudal inmenso, capaz de confundir cualquier cerebro, por privilegiado que sea, si pretende conocerlos todos. Los sabios, los hombres de ciencia conviène se fijen en este punto. No nos referimos á los sabios oficiales, á esos pontífices que les gusta ejercer el papel de tales ante un auditorio vulgar, que no les comprende. Toda cosa ó acto sublime puede apreciarse por su utilidad ó por el conocimiento que de él forma la masa. Así, pues, un sabio es un monigote ridículo para los ignorantes que le oyen con estúpida indiferencia, ó le adulan sin diferenciarle del usurero ni del cacique, infiriendo una profunda ofensa á su dignidad.

Quien quiera que se le aprecie en lo que vale, debe contribuir con su esfuerzo á generalizar la cultura entre el pueblo y colaborar en la obra de su bienestar.

Como el mundo marcha infaliblemente hacia la perfección, quien empuje, cumplirá como bueno; quien no, el anatema caerá sobre su cabeza, ya que la libertad social ha de ser un hecho, á pesar de todas las tiranías é intentos de regresión, porque es una ley histórica, y fatalmente ha de cumplirse. Como prueba basta citar el hecho de que, á pesar de lo poco que ha preocupado la instrucción del pueblo, hállanse hoy entre el vulgo un número considerable de hombres instruidos, y muchísimos que saben leer y discurrir por cuenta propia. Esto se explica teniendo en cuenta que la cultura, no obstante la opresión intelectual que ha tiranizado y aún tiraniza á la inteligencia humana, ha podido progresar y desarrollarse gracias al espíritu crítico de ciertas individualidades que, refractarias á la enseñanza oficial, han vulgarizado sus maravillas y difundido la luz sobre la faz del mundo. Continúad, pues, hombres de ciencia, sabios oficiales ó particulares, la obra de esas individualidades que hoy toda persona culta conoce: Copérnico, Galileo, Giordano Bruno, Pascal, Descartes, Newton y otros muchos que fuera prolijo enumerar. Poned la ciencia á disposición de todos, llevando la instrucción á todas partes; hacedla accesible á todas las aptitudes, no solamente porque así concluiremos de una vez para siempre con la ignorancia, causa del fanatismo político y religioso, de preocupaciones rancias que hacen de la vida un sacrificio inútil, de luchas bárbaras que ponen al hombre mucho más bajo que las últimas especies zoológicas, sino, también, porque acabaremos con jerarquías y castas, clases y categorías, inaudita injusticia que hace de la sociedad un inmenso campo de Agramante, donde no se lucha por nada generoso y levantado, por nada que ennoblezca y dignifique, sino por el yo, por mis apetitos, por mis vicios, por mi independencia de tigre, basada en la esclavitud de mis semejantes. Todos estos horrores desaparecerían generalizando la enseñanza y ensanchando ese espíritu que salvó la ciencia del obscurantismo de la Edad Media y que nos emanciparía de los prejuicios de la Edad moderna.

Además, conviene á la sociedad, aunque no á sus dominadores, el que la instrucción científica se generalice, porque como la ciencia se fragmenta en tantas y tan di-

versas partes, es materialmente imposible que un mismo individuo las conozca todas íntegramente, ya que la vida no dura bastante para que un solo hombre adquiriera nociones de todas ellas y pueda discutir las con perfecto conocimiento de causa. Para estudiarlas es preciso que, armado del espíritu de investigación, recurra á los trabajos de sus predecesores, porque la síntesis general es la suma de todos los conocimientos humanos. Un individuo no podría obtener conocimientos vastos y sólidos de una cualquiera materia si hubiese de principiar poniendo la primera piedra en el camino científico. Recurriendo al trabajo de los demás es como los obtiene. Por eso los hombres de ciencia no deben consentir en ser un grupo insignificante, sintiéndose impotentes para dominar todos los conocimientos científicos, ya que todos sus semejantes tienen perfecto derecho á recibir su parte de educación y contribuir con sus iniciativas al desarrollo general. Esto lo exige el pueblo, la sociedad; fuera casquivanos intereses personales. Mantener al mundo en la ignorancia para perpetuar privilegios; negarle al pueblo la instrucción que tiene derecho á recibir, y, luego, con grotesca seriedad, declararle incapaz para intervenir en la vida de la inteligencia, tiene un calificativo que, por lo duro, guardaremos en el seno de nuestras convicciones.

ANTONIO LÓPEZ.

Sección del Exterior

LA EVOLUCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL ⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN DE LA INTRODUCCIÓN)

La sociedad, después de las penas impuestas al delito, penas que más tienen de venganza que de justicia, comprenderá que con una prudente prevención, no de policía, sino de pacificación en los ánimos, puede asegurar la paz y la armonía entre los individuos, con las garantías del derecho á la vida. Actualmente, mientras una ley prohíbe atacar la existencia del semejante, la brutalidad de los hechos cotidianos golpea de mil modos la inviolabilidad de la vida humana sujeta, como está, á la miseria fisiológica, intelectual y moral.

Y ocurre que en los países de raza latina, donde la aspereza de las condiciones económicas pone mayores trabas al derecho, al trabajo y, por consiguiente, á la vida, y donde, aun trabajando, la compensación es inferior á la de los países de raza anglosajona, el número de los delitos contra la vida y contra la integridad personal es casi el décuplo de los que se cometen en estas últimas naciones.

La criminalología está, pues, haciéndose una rama importantísima de la ciencia social, desde que entre el dogmatismo jurídico de las viejas escuelas y la unilateralidad de vistas en que se había colocado al principio la antropología criminal, las novísimas corrientes de investigación encuentran la vía justa, fecundando igualmente el estudio de los tres factores de la delincuencia: antropológicos, sociales y cósmicos.

Ahora bien; ante este estado de evolución de la ciencia del derecho y de la sociología criminal, ante la enorme cantidad de materiales que la nueva dirección cientí-

(1) Lección de criminalología social explicada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires en el presente curso académico.

fica de estos estudios han acumulado mi misión, ¡oh, jóvenes!, es limitada y modesta.

No traeré á esta cátedra, en el curso de mis lecciones, ninguna palabra que sea irreverente para los maestros de las escuelas penales á las cuales yo no pertenezco, ó mejor dicho, á las que he dejado de pertenecer.

La generación intelectual de que salgo— aunque bastante más heterodoxa que los heterodoxos— no es tan vieja para inclinarse, supersticiosamente, á la escolástica de los antiguos dogmas científicos; pero no es tampoco tan juvenilmente temeraria para escarnecer la memoria del pasado, aun cuando sus doctrinas no fueran más que ruínas venerables en la construcción de las nuevas verdades conquistadas que forman la gran corriente del pensamiento moderno.

Porque nosotros reconocemos, con Leibnitz, que si el presente es hijo del pasado, es padre del porvenir. Al actual patrimonio colectivo de los conocimientos humanos, que es el maravilloso producto de la laboriosidad intelectual de tantas generaciones, llevaron su contribución todos los pensadores que nos precedieron en la historia, y de la labor de todos, perdida la parte errónea y caduca, queda, no obstante, en el inmenso conservatorio de las verdades conquistadas, alguna partícula luminosa como para atestiguar que entre los errores y las incertidumbres también la ciencia arrojaba en el camino de los hombres la luz cada vez más intensa y difusa.

¡Que esta convicción inconcusa quede en vuestro ánimo! La tolerancia es el más alto y victorioso espíritu que emana de la ciencia verdadera. Y si la crítica científica es un derecho indescriptible del pensamiento, es deber del hombre civilizado el respeto por las opiniones ajenas, aun cuando sean erróneas, lo que no implica renunciar á discutir las. Así, á los adversarios convictos no se les falta al respeto discutiendo serenamente sus ideas, pero se les tributa honor juzgándoseles capaces de defenderlas y sostenerlas.

Ideas contra ideas, argumentos contra argumentos: he ahí las batallas de la civilización, mucho más gloriosas que las otras, que son el retoño sangriento de la barbarie y del salvajismo primitivos. A través de las violencias salvajes de la Edad Media— violencias inauditas sobre los cuerpos y los pensamientos humanos;— á través de la caligine que condensaban en el aire las hogueras incendiadas por la locura de las persecuciones religiosas, había también faros esplendentes de una luz purísima, casi consoladora en la procelosa noche de aquellos siglos.

Eran los blancos muros de las Universidades, á las cuales acudía la juventud, y donde, sacro derecho de asilo para todas las heterodoxias filosóficas proscriptas de otros lugares, convenían los precursores inmortales, los juristas, los literatos, los sabios, los filósofos. Irnesius en el estudio Boloñés, Galileo en el de Padua, Bruno en la Sorbona de París, y á las lecciones que estos y otros daban, agolpábase la juventud y, peregrinando de ciudad en ciudad, los gallardos, los animosos estudiantes, llevaban de un pueblo á otro la sabiduría nueva, los debates ardientes y fecundos entre los ilustres militadores de las diversas doctrinas, y en toda aquella laboriosidad multiforme, en todo aquel entrecruzarse de opiniones distintas palpitaba todo un renovamiento de la ciencia y de la vida.

Así hoy, sobre esta espasmódica y convulsa agonía del siglo, si algo queda aún de alto, de puro, de consolador, es la ciencia que se extiende sobre las contiendas entre los pueblos y entre las clases, tratando de reconciliarlos.

Cábeme á mí el honor, ¡oh jóvenes!, de traer á estas aulas universitarias de la Ate-

nas Sudamericana, la palabra de la joven escuela italiana del Derecho penal; á mí, que soy, sin embargo, el último de sus discípulos.

Pero quizá un sentimiento de amabilidad en los que me incitaron ganó la modestia de mis fuerzas; y al ofrecer la amplia hospitalidad de estas aulas á un proscrito por delito de pensamiento, se ha demostrado que la tolerancia científica es un hecho en los Ateneos de la libre América, la que tiende los brazos á los peregrinos de Ultramar, los cuales, como los gallardos serenos, llevan consigo la única riqueza buena: la voluntad de hacer.

Yo haré, desde esta cátedra, cuanto me sea posible para no desmerecer vuestra confianza. No buscaré la paradoja para parecer original, pero tampoco me pararé ante las tradiciones, por más respetables que sean, para entrar en olor de santidad.

Diré lo que siento, lo que pienso, lo que modestas y pacientes indagaciones personales han acumulado en el bagaje de mis conocimientos, sobre el problema del delito y de las legislaciones penales que tuve ocasion de estudiar de cerca en mi peregrinación internacional.

Sed testigos vosotros de que no dejaré de evitar todo lenguaje que pueda dar pretexto á los malignos (puesto que de todo se aprovechan) para decir que he convertido la cátedra de la ciencia en tribuna política.

El estudio de la sociología criminal está más allá de las teorías preestablecidas, ya que estudia el fenómeno más sangriento de la actividad humana en la vivisección de los hechos y de sus causas.

A este estudio es necesario aplicarse sin preconcepción alguna, y mucho menos política, si no se quiere perder la vía recta.

Juntos, ¡oh jóvenes!, trabajaremos en el índice materializado de documentos humanos, cimentando nuestra obra con la invencible solidez de los hechos estudiados en su esencia, y ensayaremos el elemento con el cual artífices más autorizados que yo puedan construir, después, el organismo sistemático de una nueva ciencia criminal sobre estas remotas y sonrientes riberas del Plata.

Las viejas generaciones intelectuales de Europa os brindarán los postulados científicos de su época que, por lo demás, se han infiltrado hace tiempo en vuestras leyes y en vuestras costumbres. Del pensamiento jurídico italiano, que en las noches de la antigua barbarie reflejó focos de luz en las obras monumentales de la escuela clásica, desde Beccaria hasta Carrara, llegan hasta vosotros ecos novísimos, y en representación de su renovada juventud os digo que también nosotros, sin perjuicio de la reverencia debida á los maestros, sentimos la oleada fresca de los nuevos estudios, de las nuevas direcciones científicas, sintiendo la necesidad de refrescarnos en ella. Porque la ciencia, como la vida, sólo se conserva y se desarrolla á condición de incesantes transformaciones. Y los conservadores racionales, los centinelas, serios vijías de esta riqueza intelectual de la civilización, que es la ciencia, son sus peores enemigos, si quieren condenarla á una estéril rumiación de fórmulas aceptadas ya como dogmas indiscutibles. La evolución de las formas, aun en las doctrinas científicas, no sufre violencias de inquisidores y hace pedazos los obstáculos de reglas preestablecidas, afirmándose soberana en todas las manifestaciones de la vida.

El estudio de las ciencias naturales y de las ciencias sociales no es ya más que la doble corriente bifurcada del mismo río sonoro y fecundador de los hechos humanos, observados, no con la lente ahumada del teólogo ó del metafísico, sino á través del microscopio límpido del bacteriólogo, que escruta las profundas causas de lo infi-

nitamente grande en la vida misteriosa é invisible de lo infinitamente pequeño.

Así nosotros, ¡oh jóvenes!, no disertaremos con las soberbias de la ignorancia dogmática, sobre la bondad innata ó sobre la innata maldad del hombre, puesto que el hombre no existe en la abstracción ideológica de la palabra; pero existen, sí, los hombres en la variedad incommensurable de la especie, de manera que ni uno sólo, en los millares de vidas deslizadas á través de los siglos, ha sido ni será perfectamente idéntico á otro.

No buscaremos tampoco la piedra filosofal para distinguir el honrado del delincuente, ni intentaremos proponer leyes milagrosas para extirpar el delito.

Si la sociología criminal no es más que la clínica de una enfermedad moral, analizaremos pacientemente los síntomas antropológicos, psíquicos, sociológicos del trágico mal. Discutiremos los errores y quizá los horrores de los sistemas de cura adoptados contra este gran dolor y vergüenza secular de las sociedades humanas. Atacaremos los prejuicios que hacen crónico el desastre, las obstinaciones perturbadoras que hacen perdurar el equivoco, las timoratas incertidumbres que aún impiden el triunfo de la verdad. *Destruam ut ædificabo*.

Toca á vosotros, jóvenes, el fecundar las pobres semillas que arrojaré con fe en mis horas de labor sobre esta tierra feraz y hospitalaria; á vosotros, que sois laboriosos y poseéis los gérmenes de una raza rejuvenecida, os está reservado el escribir, como trabajadores del pensamiento, la parte más noble de la historia de este pueblo nuevo; á vosotros que me proporcionáis el orgullo—aunque sea humilde la semilla é inepto el cultivador—de poder exclamar con Wittier: «Jamás partícula alguna de verdad fué arrojada en vano por obrero errante entre las malezas del mundo» después de las manos que han sembrado vendrán las manos que, desde el monte hasta los valles, recogerán las floridas mieses.

PEDRO GORI.

PENSAMIENTOS

Si el hombre poseyera la facultad de la palabra con el solo fin de engañar á sus semejantes, la raza humana sería digna de figurar en la *cola* de la escala zoológica.

¡Progreso! ¡Libertad!...

He aquí dos palabras que expresan dos ideas grandes como el infinito.

¡Dichoso aquel pueblo que, por la constante influencia de la primera, podrá gozar de la segunda!

Es verdaderamente chusco lo que pasa en este teatro de polichinelas que se llama *Tierra y Sociedad*.

Nadie quiere considerarse inferior á otro ni ser menos que los demás, y sin embargo, la palabra *Igualdad* aterra á la mayoría... ¡Pobres pigmeos!

No comprenden que ese poderoso correo llamado *tiempo*, portador de tanta miseria humana como pagador de tantas deudas, es inviolable.

JOSÉ ALLADO.



LUISA MICHEL

En una sociedad falta de ideales, en que domina el privilegio insolente sobre la miseria servil, la mujer revolucionaria, por natural que sea su existencia desde el punto de vista racional, claro es que no ha de ser del gusto de las gentes.

Sin embargo, el hecho está patente, y contra las preocupaciones de tiranos y víctimas, y elevándose majestuosamente sobre las burlas estúpidas de los unos y las calumnias infames de los otros, Luisa Michel continúa su obra imperecedera de redención, sobresaliendo brillantemente en la esfera del pensamiento, del arte y de la difusión de las ideas libertarias.

Sostener inflexible un carácter donde miles y miles fluctúan y, por último, caen en todas las debilidades; perseverar en la virtud donde las multitudes se hunden en los abismos del vicio; estar en posesión no interrumpida de una bondad cariñosa, absolutamente incapaz de sentirse influida un instante por la envidia ni la venganza; tales son los elementos esenciales y circunstanciales que constituyen el ser de nuestra heroína: buena y grande en la lucha, en el destierro, en la cárcel, en el hogar, en su gabinete, en el *meeting*, en todos y en cada uno de los momentos de su vida.

Obligado por compromisos de la amistad á presentar á los lectores de esta Revista la insigne revolucionaria, tengo el sentimiento de no poder ofrecer su biografía, ni siquiera incompleta, por falta de los datos necesarios. A pesar de la amistad que con ella me une y de la frecuencia con que nos relacionamos, no hay medio de fijar

la conversación sobre las circunstancias de su vida, á las que no da importancia alguna, prefiriendo siempre hablar de asuntos sociales, lo que hace con la competencia de maestra, ó lamentarse de los sufrimientos ajenos, en lo que demuestra los más delicados y generosos sentimientos.

En un rincón de provincia, en el Alto Marne, muy joven aún, se dedicó á la enseñanza. En vez de las oraciones escolares hacia cantar en la escuela *La Marsellesa*, y la estrofa de los jóvenes

Nous entrons dans la carrière
Quand nous aînés n'y te soront plus

se cantaba de rodillas, con lo que sugería á las niñas la chispa revolucionaria.

Poco duró aquella escuela, porque necesitándose en aquel tiempo prestar juramento de fidelidad al imperio y Luisa sólo era capaz de jurar combatirle con todo el vigor de su entusiasmo, el prefecto la despojó de aquel dignísimo medio de subsistencia, declarando que si hubiera tenido más edad la hubiera deportado, á lo que respondió Luisa: «Puede usted hacerlo, si gusta; con eso tendré la satisfacción de fundar una escuela en Cayena.»

Obligada por la necesidad fué á París, donde, asociada con la señorita Poulain primero, y después de la muerte de ésta sola, sostuvo una escuela. Impulsada por su entusiasmo revolucionario, por las noches asistía á la Sociedad de Instrucción, donde explicó un curso de Literatura y de Geografía antigua, y tuvo ocasión de conocer y tratar á muchos de los que después fueron personajes de primer orden en los acontecimientos políticos.

Cuando la figura de Luisa alcanzó gran relieve fué durante la época de la *Commune*. Vémosla allí, como pensadora de juicio certero, inspirar á los que influían en primer término y llevaban la responsabilidad en los acontecimientos; como revolucionaria de acción, asistir á los clubs, tomar parte en las reuniones públicas y excitar el entusiasmo de los defensores de la *Commune*; como mujer sensible, asistir á los desgraciados y consolar á los que caían en la desesperación.

Tan relevantes méritos debían naturalmente fijar la atención de los versalleses, encarnizados enemigos de todo lo que tuviera carácter popular y emancipador, y por eso el Consejo de guerra condenó á Luisa á la deportación á Nueva Caledonia.

Todo lo referente á su participación en el movimiento comunista del 18 de Marzo, lo mismo que su vida en la deportación, se halla en la *Historia de la Commune*, escrita por ella misma, á lo cual no podemos dedicar la extensión merecida por carecer en este momento de esa fuente de datos necesarios.

Gozó Luisa en España fama de revolucionaria, ya que la prensa burguesa se ha complacido en presentarla como una estravagante demagoga; pero se la desconoce en absoluto como escritora, á causa de que los diarios que con sobrada mala fe se han ocupado de ella para extraviar la opinión, no han dicho una palabra acerca de esa interesante fase en que merece ser considerada.

Poco después de su repatriación dió al teatro, en París, *Nadine*, escrita en colaboración. Se le representó después *Le Coq rouge* y luego *La Grève*, que obtuvo gran éxito en *La Villette*. No representadas aún tiene varias producciones dramáticas, descolando entre ellas *Prométhée*, drama del tiempo del hombre de las cavernas, dedicado á Sarah Bernhardt y cuya traducción al inglés está haciendo Charles Dacosta, para ser representado en un teatro de Londres. Varias de esas obras han sido publicadas en *L'Internationale des Femmes*. Hubo tratos para representar *La Grève* en Barcelona

por una sociedad dramática, pero cuando se estaba en ellos sobrevinieron las persecuciones que tan triste fama dieron en todo el mundo al castillo de Montjuich, y quedó todo interrumpido.

Dentu, editor de París, ha publicado muchos libros de Luisa, entre los cuales recordamos *Les microbes humains*, *Le Monde Nouveau*, *Le Claquedent*.

Edinger, que dejó ya de ser editor, ha publicado también varias obras de la misma, entre ellas un volumen en verso, *A travers de la vie*, que considera como la mejor historia de su vida.

Otros editores han publicado varias novelas originales de Luisa ó en colaboración, y actualmente, en casa de Stock, tiene varios importantes manuscritos que irán publicándose sucesivamente.

Su bagaje literario, aceptando la frase consagrada por el uso, es importantísimo por la calidad y la cantidad, y nada perdería en la comparación con el de muchos escritores favorecidos por la fama, teniendo sobre ellos el merito de conservar su fe revolucionaria, que ha de vencer al fin al negro escepticismo dominante.

Constante é invariable en sus afectos, ha rendido ferviente culto á la amistad y recuerda siempre los beneficios recibidos. Así, tan difícil como es para exponer lo que á ella se refiere exclusivamente, se complace en referir que cuando Constans quiso hacerla pasar por loca y recluirla en un manicomio, se vió obligada á refugiarse en Londres, deseosa al mismo tiempo de sustraerse á los insultos é infamias de que era objeto con el fin de justificar tan indigna persecución. Rochefort le facilitó los medios de asegurar su existencia en la gran ciudad, lo que era entonces harto difícil á causa de la falsa reputación que se le había hecho en Francia. Muchos otros amigos vinieron en su ayuda, fundando para ella una escuela internacional y profesional, de la cual fué directora, y donde daba diariamente lecciones de música y dibujo.

Aunque la escuela marchó bien algún tiempo, se hubo de cerrar al fin. Gracias que por entonces se representó en París su drama *La Grève*, y pudo ir pasando; pero como los beneficios suelen ser menores para los que como Luisa distan mucho de ser interesados á causa de la malicia con que suelen aprovecharse los egoístas, hubiera llegado á verse muy apurada si no fuera por la constancia con que Rochefort, su amigo de destierro, la favoreció.


Contra nuestra querida biografiada se han usado toda clase de armas. La persecución gubernamental ha sido quizás la más débil, y sin disputa la más noble, si esta palabra puede usarse en materia de persecución. ¿Qué armas debía poner en práctica la persecución particular para *deshacerse* de Luisa?

Recordamos que en el Havre fué objeto de un atentado mientras dirigía la palabra á un numeroso auditorio que había ido á escuchar la angélica y convincente de Luisa Michel. Ésta fué herida en un brazo; la multitud intentó castigar al pobre hombre que, mal aconsejado, prestó su brazo á la reacción; pero Luisa se opuso valientemente, cubriendo con su cuerpo el del asesino, y tanto le favoreció con sus declaraciones y su actitud contraria á que se le castigara, que la justicia histórica no pudo castigar al que había atentado contra la vida de Michel.

Luisa siente un gran amor por España, país que considera más desgraciado que incapaz, y uno de sus más grandes anhelos consiste en realizar un viaje de propaganda por la tierra de Cervantes y Larras (como dice ella en una poesia titulada *A España*, que publicará esta Revista en su próximo *Suplemento*), al que han envilecido los Torquemadas.

El ideal libertario puede estar orgulloso de tener defensores tan íntegros como Luisa Michel, y LA REVISTA BLANCA lo está de poder presentarla á sus lectoras y de contarla en el número de sus colaboradores.

FERNANDO TARRIDA DEL MÁRMOL.



PENSAMIENTOS

La adoración no se ha inventado para el hombre instruído, sino para el hombre ignorante, pues sólo inspira adoración lo misterioso y sólo puede ver misterios el que carece de conocimientos para explicarse los fenómenos de la materia.

La esclavitud, sea de la especie que fuera, es el dominio de la infamia sobre la ignorancia, porque denota tanto rebajamiento en el esclavo como ruindad en el señor.

El concepto lato o estrecho que el hombre tiene sobre lo que se ha dado en llamar patria, concuerda con el criterio que tiene formado de la humanidad.

Las ideas y las libertades de un pueblo son respectivamente la teoría y la práctica de su educación.

Los genios de todas las edades han sido siempre víctimas de sus contemporáneos. Esto obedece á que las concepciones de aquéllos forman la doctrina que han de practicar las generaciones que les sucedan.

URALES.

Tenemos la inmensa satisfacción de participar á nuestros lectores que LA REVISTA BLANCA publicará la conclusión de la admirable obra *Fields Factories and Work-hops*, de nuestro distinguido y querido compañero Pedro Krapotkine, publicada recientemente en Londres y agotada á los pocos días, de la que tanto ha hablado la prensa europea, cuya conclusión, con el título *El gran problema*, escribe el sabio autor para esta Revista.

Dicha obra será traducida al castellano por nuestro no menos querido amigo Fermín Salvoechea, y después de publicarse en LA REVISTA BLANCA la publicaremos en folleto, formando con ella el segundo volumen de nuestra biblioteca.





CIENCIA Y ARTE

La obra de G. D'Annunzio ante la Psiquiatría.

La crítica literaria ha acusado á D'Annunzio, si no de plagio, de una exagerada imitación rusófila. No hay duda de que en algunas de sus narraciones se siente aletear el espíritu—y á menudo se encuentran las palabras—de Dostojevsky y de Tolstoï. Sin embargo, esto no nos importa. Si hay imitación, la imitación está bien hecha, porque así como viven y palpitan los personajes de Nikita en el *Poder de las tinieblas* y de Raskolnikoff en el *Delito y Castigo*, así también viven y palpitan sus hermanos intelectuales Juan Episcopo y Julio Hermill.

En Juan Episcopo encontramos el tipo del neurásténico moral, en quien el vicio de la bebida ha hecho más obtusas aún sus ya débiles facultades volitivas, y que se hace repentinamente homicida por uno de esos huracanes psicológicos que, así como sacuden las más robustas conciencias, transforman el conejo en león.

Y un conejo es, verdaderamente, en su vileza, Juan Episcopo. No solamente soporta sin un relámpago de rebelión la herida que le hace Julio Wanzer arrojándole un vaso en la frente, sino que desde ese día se torna en esclavo, en *cosa* de su despótico amigo.

—«Yo no podía tener respecto de Wanzer—confiesa Episcopo—otra actitud que la de un perro asustado... Él me privó de todo sentimiento de dignidad humana, así, repentinamente, con la misma facilidad que me habría arrancado un cabello. Y yo no estaba atontado, no. Tenía conciencia de todo lo que hacía, una lucidísima conciencia de todo: de mi debilidad, de mi abyección, y especialmente de la *imposibilidad absoluta* en que estaba de sustraerme al poder de aquel hombre... Ante mi verdugo jamás pude querer... ¡Ah, señor! ¿Quién sabrá revelarme este misterio antes de que yo muera? ¿Hay, pues, sobre la tierra hombres que pueden hacer esclavos suyos á otros hombres? ¿Es posible quitar á un individuo su voluntad como se le quitaría de entre los dedos una paja? ¿Es posible esto, señor?»

A la pregunta ansiosa del neurasténico responde la ciencia, y responde afirmativamente:

Si; hay sobre la tierra caracteres imperiosos que se imponen á otros caracteres débiles, y los hay tan malvados, que emplean para el mal su poder. Existen las *parejas degeneradas*, compuestas de un individuo fuerte (el incubo), que sugestiona á uno débil (el súcubo), aniquila su voluntad y lo arrastra al vicio, al delito, á todas las abyecciones, como un autómatas.

Gabriel D'Annunzio ha reproducido admirablemente una de estas *parejas degeneradas*, de las que tantos ejemplos se encuentran en la literatura científica, y en su intuición ha adivinado, aun en la catástrofe de su narración, el fin trágico con que en la vida suele romperse este extraño vínculo de imperio y de servilismo.

Sucede algunas veces que el débil—cuando la medida de su paciencia desborda y el fuerte le exige un nuevo renunciamiento ó una nueva vileza que sobrepuja toda humana posibilidad—se rebela y se venga de su amo con un acto de energía, que es tanto más feroz cuanto más largo ha sido el tiempo de la resignación pasiva; fenómeno individual paralelo al fenómeno colectivo de ciertos pueblos que, después de haber durante años y siglos doblado la cerviz en silencio bajo el yugo de un déspota, encuentran finalmente en sí mismos, un día, la fuerza y la audacia para efectuar una revolución sangrienta.

Así Juan Episcopo, después de haber soportado que Julio Wanzer le robe su esposa, extrema prueba de dominio como la del señor feudal sobre sus súbditos; después de haberse resignado á ser el siervo complaciente de ambos amantes; después de haber tolerado que Wanzer, no sólo lo robara, sino que golpeará á su mujer en su propia casa, encuentra repentinamente, como el conejo rabioso, un minuto de ferocidad, y oyendo cierto día desde la habitación próxima un grito agudo de su hijo, de su pobre pequeñuelo Ciro, y suponiendo que ese grito era producido por un golpe de Wanzer, corre, empujado por una fuerza prodigiosa, y viendo sobre aquél las grandes manos de Wanzer, toma un cuchillo y «dos, tres, cuatro veces se lo sepulta en el dorso hasta el cabo».

La víctima se había vengado de su verdugo, y la venganza era psicológicamente naturalísima, como, en toda la narración, era de una escultural evidencia y de una rara precisión científica, el análisis de la vida de aquel neurasténico.

Jorge Auripa, el héroe del *Trionfo della Morte*, no encuentra una exacta clasificación antropológica entre los tipos de delincuentes verdaderos, á no ser, como ha dicho Enrique Ferri, en la locura abortiva.

Es un «degenerado superior», uno de aquellos hombres inteligentes, pero desgraciados; desgraciados precisamente porque son demasiado inteligentes, que utilizan su cerebro atormentando á su alma con un autoanálisis psicológico que tiene toda la crueldad de un bisturí anatómico, pues indaga y rebusca sin piedad hasta las más íntimas fibras del organismo. Es un incontentable en quien la herencia patológica aguza el pesimismo. Toma del padre la sensualidad excesiva y vulgar; de la madre una sensibilidad refinadamente exquisita; del tío la manía suicida, é injertando sobre el tronco de su fuerte capacidad intelectual estas tres tendencias, consigue darse una vida de amor y de espasmo, no sabiendo nunca gozar de las horas que huyen y de las personas que pasan, torturándose siémpre en la persecución de una felicidad absoluta, que naturalmente no encuentra y que sabe no podrá encontrar jamás. Por eso cuando, al cerrar la última página de la novela, volvéis á pensar en aquel hombre que no ha tenido la generosidad de matarse, ni el valor criminal de matar á su querida, pero ha querido realizar un doble suicidio y morir con ella, arrojándose abrazados á un precipicio, quedáis admirados del ingenio del autor que ha sabido interesaros en un drama semejante, pero no escucháis dentro de vosotros aquella voz, que es el sello íntimo de las grandes creaciones artísticas, y que os dice: Sí, este tipo es verdadero y es humano; si no lo he encontrado, podría fácil mente encontrarle.

Menos verdadero aún, casi ajeno á toda razonable verosimilitud, es Claudio Cantelmo, el protagonista de *Le Vergini delle Roccie*, un hombre poseído por el sueño ambicioso de estar destinado á perpetuar su raza aristocrática engendrando un hijo perfecto, y que no sabe, no quiere ó no puede elegir entre las tres vírgenes aquella que, uniéndose á él, realizara su sueño. Debería ser un «degenerado superior», como Jorge Aurispa; pero su perfil no está claramente delineado como el de éste; y en el libro no domina su figura, nebulosa á la par que sus ideas, pero domina, sí, el incubo de una locura hereditaria y colectiva.

Todos, en efecto, los ocho personajes de esta novela, que es la más musical y también la más incomprensible y hueca de las escritas por D'Annunzio, se revelan locos ó como personas que están pendiendo del borde de la locura; y lo más extraño es que también hablen y obren como locos aquellos que, en concepto del autor, deberían gozar de plena salud mental. Ignoro cuál puede haber sido el propósito de D'Annunzio al escribir este libro; pero si me es lícito juzgar la obra por lo que en ella se trasluce, afirmo que entraña un propósito opuesto al que se quería obtener, pues en lugar de probar la vitalidad de una raza aristocrática más ó menos legitimista ó borbónica, y la superioridad de su campeón, prueba su esterilidad y su impotencia moral é intelectual.

¿Y qué decir de *La Città Morta*? En esta tragedia, cuya forma, como siempre, admira sin discutirse, encontramos, por fin, expresada en toda su criminal audacia aquella idea que serpenteaba en los precedentes trabajos de D'Annunzio: la idea del amor culpable entre hermano y hermana. En *L'Innocente*, en el *Trionfo della Morte*, y luego también en *Le Vergini delle Roccie*, el autor se complace dando á los amores de sus personajes un vago sabor de incesto, llamando *hermana* á la querida: era el *leit-motif* patológico de su erótica sinfonía. En *La Città Morta*, el *leit-motif* se convierte en la melodía fundamental de todo el drama y conduce al delito á un desgraciado hermano que, para no manchar la pureza de la hermana que ama, la asesina. Pero las figuras del asesino y de su víctima nos parecen ajenas al campo de la psicología, como es ajena á nuestra vida moderna la sepultada Micenes, donde la tragedia se desarrolla.

La Città Morta es el último trabajo de Gabriel D'Annunzio en el que se encuentran tipos de delincuentes ó de locos. En el *Sogno d'un tramonto d'Autunno* no hay más que la descripción de los celos de una mujer, exageradamente furiosos; y este poema trágico es notable solamente por la impresión visual del color rojo que dejan en el lector la batalla y el incendio finales, artístico y bien imaginado contraste con la impresión de color verde que dejaba el *Sogno d'un mattino di primavera*, pues así como es justo que el color dominante de la mañana y de la primavera sea el verde, también lo es que el color dominante del crepúsculo y del otoño sea el rojo.

En la *Gioconda* casi no se reconocería ya al D'Annunzio de sus recientes trabajos: tal es la relativa normalidad de los tipos de sus personajes y tan humanamente lógico es el asunto de su tragedia. El autor no se revela más que por la forma, siempre armoniosa, por aquella *concordancia* que yace en el fondo de la obra y que simboliza su significación, y sobre todo, por la teoría del superhombre, afirmada y sostenida por Gioconda Dianti.

Después de haber examinado algunos tipos d'annunzianos á la luz de la psiquiatría y de la antropología criminal, examinemos el concepto informador de toda la

obra del artista á la luz de la moral. Será la última profanación y el último acto de orgullo que un humilde filisteo osará cometer en el templo del Arte.

Aquella teoría, que no es, afortunadamente, italiana, pero importada entre nosotros por la facilidad con que se copian del extranjero las pocas cosas malas junto con las muchas buenas; aquella teoría, repito, hace su primera aparición en *Il Piacere*, de Gabriel D'Annunzio, donde no es más que una consecuencia egoísta y vulgar de una filosofía epicúrea: vuelve en *L'Innocente*, manifestada de una manera más intelectual y atribuída al protagonista, sin que el autor implícitamente la apruebe: reaparece en *Le Vergini delle Rocce*, donde desciende y se degrada, pues mientras hasta ese momento el superhombre se consideraba tal por supremacía de ingenio, en esta novela cree serlo también por aristocracia de sangre, la más injusta de todas. Por fin, vuelve á surgir en la *Gioconda*, donde es proclamada en nombre sagrado del Arte. Y después de tal insistencia es ya posible suponer, también por las otras manifestaciones literarias y políticas de D'Annunzio, que aquella teoría es el *credo* moral é intelectual del autor.

Acaso, y más que un pensamiento firme, expreso una duda, el artista se ha dejado sugestionar paulatinamente por la idea anormal que estudiaba. Al principio habrá querido solamente analizar el fenómeno, no común por cierto, pero verdadero, del *superhombre*; después la enfermedad que él observaba se le habrá comunicado por contagio, quedando víctima del fenómeno psicológico que, en la fiebre de la investigación, habrá sometido á su examen.

Y le habrá sucedido moralmente lo que artísticamente. D'Annunzio adoraba, mucho más que la idea, la forma con que ella se revestía, hasta que le sucedió lo que á aquel ingenuo creyente que, postrado ante la imagen de la Virgen, acabó por no tener otra fe que la que le inspiraba el símbolo material de la imagen, y así el autor se ha enamorado tanto de su tesis del *superhombre* que, en lugar de limitarse á estudiarla como un caso patológico, la ha hecho suya y la cree.

La cree, y de ello hace gala, sincero y valiente en esto como algunos de nuestros artistas desaparecidos, que todavía sorprenden, no se sabe si más por las maravillas que crearon, que por los delitos que cometieron. Es un verdadero hombre del quinientos, un Benvenuto Cellini de la palabra, cuyo escalpelo no tiene rivales y no conoce dificultades, y que, así como aquél confesaba con la más cínica indiferencia sus delitos, de igual manera D'Annunzio proclama, con la más fiera audacia, su teoría inmoral. Quiere la arbitrariedad, el privilegio, la omnipotencia para los *superhombres*, los cuales no deben estar sometidos al yugo de la ley común, hecha solamente para la multitud de los humildes y de los mediocres.

Ahora bien; nosotros nos rebelamos contra esta teoría soberbia y aristocrática, pues creemos que la superioridad del ingenio, si da en cierto sentido mayores derechos, impone también moralmente mayores deberes; y sin recurrir á la ciencia, la cual enseña que la función de la sociedad moderna es dar el bienestar al mayor número posible de individuos, más bien que reservarlo todo á las monstruosas excepciones de algún cerebro superior, afirmamos con el corazón, además de afirmarlo con la mente, frente á aquel desprecio, nuestro amor para la multitud de los humildes.

Nos inclinamos ante la indiscutible superioridad intelectual de un Gabriel D'Annunzio; mas si él encuentra poesía en exaltar las virtudes raras y luminosas de los fuertes y en proclamar sus derechos ya bastante conocidos, nosotros la encontramos en exaltar las virtudes oscuras de los débiles y en sostener sus derechos, todavía de-

masiado desconocidos. La suya es, sin duda, una poesía más artística; pero la nuestra es más humana y más verdadera.

SCIPIO SIGHELE.

EL GENIO DEL MAL

He construído una granja para poderme dedicar á mis ocupaciones favoritas: la enseñanza y las letras. La finca está situada en un hermoso paraje de Galicia. Yo no he visto árboles más verdes que aquéllos, ni aire más puro, ni agua más fresca. En mi granja se come, se bebe y se respira vida. Venid conmigo al bosque, y os sentiréis capaces de llevar á cabo las empresas más atrevidas y de vivir una eternidad. Veréis cómo juegan mis alumnos, ¡qué traviosos son! Veréis cómo se aman, ¡qué felices son! Veréis cómo aprenden, ¡qué sabios serán! Rapaz tengo allí más prudente que Salomón y más sabio que toda la ciencia de Grecia y Roma. Venid conmigo al bosque y de lo que os digo os convenceréis.

El tiempo convida. La primavera está en la plenitud de su poder y de su hermosura. Habrá de gustaros lo que viéreis y lo que oyéreis. ¿Qué exigis?

Decir que las flores regalan sus aromas, los pájaros sus trinos, el sol sus rayos, es decir una sandez. La primavera es así, y no fuera primavera si no luciera tales encantos.

Decir que la hierba menuda del bosque cruje bajo la planta de la gente menuda que lo recorre en todas direcciones; que los rapazuuelos van y vienen, suben y bajan como caprichoso y jugueteón cabrilleo; que son blancos como la nieve, finos como el algodón, hermosos como el beso, es explicar lo que sabe todo el mundo, porque nadie ignora que los pequeñuelos son bellos, finos, blancos y jugueteones.

Lo que no sabrán mis lectores, en el supuesto de que los tenga, y no lo sabrán por no ser, como aquello, cosa corriente, es que ninguno de los chiquitines que vemos en el bosque presenta señales de escrófula, ni de anemia, ni de tuberculosis, ni otras zarandajas de las muchas que los padres les regalan al echarlos de cabeza en este mundo. Rebosando salud, satisfechos de los encantos y de las hermosuras de la vida, porque la vida es encantadora y hermosa cuando se toma del propio cosechero, de la Naturaleza, viven allí felices en medio de robles, encrucijadas y arroyos.

¿Te decides, lector? Pues aprieta el paso, que el tiempo apremia. Hemos de llegar a la granja antes de llenar esta cuartilla.

¿Eh? ¡Ruido más encantador que ese no lo hay! Voces argentinas, caras sonrosadas, vegetación abundante. El tiempo no huella la memoria de nuestros niños.

Numerosos son sus juegos; mayor el número de tabales, pelotas, aros, bolas, muñecas, cunas, cromos, ¡y qué cromos!

¿Qué murmuras, lector? ¿Que por la izquierda sube corriendo otro rapaz? No puede ser; á la vista todos los tengo... ¡Callal, mas es muy cierto. ¿Qué querrá el niño ese? Ocultémonos.

Apareció un mozalvete más vivo que un pez, y dijo con tono sarcástico y sonrisa burlona:

—Yo tengo una cosa que no tenéis vosotros.

—¡A ver, á ver!—dijeron los demás chiquitines.

Y descubrió un manojo de cerezas. ¡Qué bonitas eran y qué dulces parecían!

—¡Para mí, para mí!—gritaron todos á la vez, alargando la mano.

El que había traído la fruta contemplaba con siniestra alegría aquel signo de futuras discordias.

—Que sean para el que primero llegue al pozo—dijo un mozalvete, ligero como un saltamontes.

—Para el que tenga más fuerza—exclamó un Hércules en embrión.

—Para la más hermosa—propuso una niña que había oído flores.

—Por mí que se den á la más trabajadora—interrumpió otra, muy amada á fuer de hacendosa.

—Yo creo que las cerezas han de ser para el más sabio—dijo con énfasis un chiquelo que sabía la lección casi siempre.

En fin, que todas aquellas blancas hileras de dientes se creían con derecho á triturar fruto tan delicado y sabroso. El caso era que su dueño no lo soltaba.

Lágrimas puras como gotas de rocío asomaban en ojos alegres antes, y alegría feroz demostraban labios hechos para maldecir, cuando un rapazuelo que nada había dicho hasta entonces, exclamó:

—¿Qué esfuerzo has hecho tú, Pepe, para ser tan ligero? ¿Y tú, Paco, para ser tan fuerte? ¿Y tú, Lola, para ser tan hermosa? ¿Acaso eres tú tan activa porque quieres, Andrea? Y tú, Luis, ¿qué hiciste para ser tan inteligente? Y si nada habéis hecho al objeto de ser tal cual sois, ¿por qué pedís premios por vuestro modo de ser?

Iba á replicar el de las cerezas, temeroso de que se le escapara ocasión tan oportuna para sembrar el mal; pero el filósofo de marras le impuso silencio con un ademán enérgico, y dijo:

—¿Cuántos somos? Uno, dos, tres, cuatro, cinco... veinte. A ver las cerezas que tú has traído. Una, dos, tres, cuatro, cinco... ciento treinta y cuatro. Pues seis para cada uno, y en paz.

—Sobran catorce—observó el genio del mal,—y yo creo que podrían repartirse entre los más chiquitines.

Al oír eso los mayores protestaron.

—Bueno—volvió á decir aquél, creyendo suya la victoria,—pues que se den á los que vayan mejor vestidos.

Y en seguida se oyó el lloriqueo de los que iban peor.

El descontento producía sus consecuencias; alcanzaba la victoria el más ruín. ¡Tan hermosos como son los niños cuando ríen, y tan feo como era el genio del mal con su sonrisa!

El que había contado las cerezas y los niños sonrió, con la sonrisa angelical del que hace el bien por el placer de hacerlo, y dijo:

—Como á mí no me gustan las cerezas, agregó cinco de las mías á las catorce que sobran, y reuno una más para cada uno.

Y así fué. Los ojos volvieron á serenarse, los labios á dibujar sonrisas francas, y la alegría á inundar los corazones.

El pillete aquel que había traído las cerezas miró con encono al pequeño sociólogo que las había distribuido, y exclamó:

—Perturbador, demagogo, escoria de la sociedad, criminal; has de acordarte de mí.

Y el mozalvete objeto de tan malas palabras, poniéndole dulcemente una mano en la espalda del que las había pronunciado, contestó:

—¿Quieres jugar con nosotros?

FEDERICO URALES.

LES PRESONS IMAGINARIES, de Pedro Corominas.

Una obra publicada en las circunstancias en que lo ha sido la de este título; ante la expectación de muchos hombres brutalmente vejados por una persecución de que no hay ejemplo en los tiempos modernos y de muchos más ansiosos de reparación de gravísimas injusticias; precedida de anuncios pomposos que la presentaban como excepcionalmente sensacional; favorecida además con el juicio anticipado, asaz laudatorio, de un cenáculo de intelectuales que disfrutaron de las primicias del libro en las intimidades de la amistad; que ve la luz en ocasión que la prensa, la tribuna y aun la plaza pública de todo el mundo civilizado se agita protestando de las iniquidades cometidas en el Castillo Maldito, y cuando yacen aún en presidio veinte trabajadores que sufrieron con el autor por la misma causa y con igual inocencia, los cuales pudieran presentarse al mundo como la flor y nata de la honradez en esta culpable España que vegeta como impura meretriz entregada á la corrupción reaccionaria, es tarea difícilísima para un escritor de afición, que carece por completo de educación literaria y que sólo tiene la práctica de exponer sus quejas contra la sociedad que le niega sus derechos y la confianza en el progreso que ha de redimirle junto con todos sus compañeros, víctimas de la explotación y de la tiranía.

La dificultad para mí llega hasta lo imposible cuando leo en un periódico literario catalán:

«Si D. Pere Corominas hagués usat el vers en lloch de la prosa li donariam lo títol de *Dante català*.»

Renuncio, pues, á la crítica. ¿Quién se atreve á juzgar al nuevo Dante? Y como yo, seguramente harán otros. He aquí una obra quizás destinada á morir de empacho de alabanzas. No sería la primera hazaña de las camarillas de elogios mutuos ó de elogios á secas.

Pero si la obra de Corominas ha de ser de las que quedan, de las que pasan á la posteridad por describir con verdad que horripila, no dolores imaginarios, sino los que sufrió positivamente en unión de veintisiete hombres que fueron condenados á muerte por el Consejo de guerra, de los cuales cinco cayeron acribillados á balazos en los fosos de la abominable fortaleza, y unos cuatrocientos más, que, si no se vieron sentenciados como él, no menos sufrieron penas inauditas y tuvieron poderosos motivos para temer la muerte en las playas de Río de Oro, no por eso le felicitaría, antes, apelando á su conciencia, le preguntaría si está seguro de haber obrado con estricta justicia.

Para responder en conciencia á esta pregunta recuerde sus antecedentes, sus compromisos libremente contraídos en el calabozo—puesto que, por inverosímil que parezca, muchas veces hay más libertad en el calabozo que en la calle,—su palabra solemnemente empeñada ante compañeros de desgracia, y olvide por un momento que

pertenece á una categoría superior, de aquellas que tiene establecida la sociedad en virtud de injustísimos privilegios, y que si él posee un título universitario y los otros son sencillamente oficiales de un oficio mecánico, la diferencia, harto lo sabe, es puramente accidental, nunca esencial ni menos justificativa de reminiscencias aristocráticas ni de eclipses de la dignidad.

Ostentando la firma de *Pedro Corominas* y escritos antes de la persecución, se leen estos pensamientos:

«En vano los hombres, dominados por el misoneísmo lanzan al cielo sus clamores obsedantes, en vano intentan detener la marcha de la razón juntando las manos con gesto suplicante mostrando el desconsuelo de su faz desolada; la crítica implacable en el paroxismo de la destrucción tritura los prejuicios santificados por la historia, huella con planta impía el sagrario de las más viejas tradiciones, y en este derrumbamiento de la sociedad actual y en el orden de las ideas, un día se hunde la propiedad, otro día mueren la autoridad y la ley, hoy le ha llegado su vez á la patria.

«... La moral (en la sociedad presente) es retributiva y enseña al hombre á hacer el bien por la esperanza de un premio y por el temor al castigo; la justicia glorifica el triunfo brutal del fuerte contra el débil; en la familia actual vese la fortaleza formada por los padres y los hijos para defenderse contra toda la sociedad; el trabajo y la riqueza crean enemistades sangrientas entre los pueblos, entre las familias y entre los individuos, y todo en la organización presente es motivo de combate, y así no es de extrañar que como primer argumento contra toda innovación se ponga el egoísmo del individuo. ¡Ilusos! Constituid una sociedad solidaria, como se propone hacerlo el Comunismo, y estas instituciones, sentimientos é ideas de que he hablado, serán el sostén más firme de la solidaridad humana.»

Y después de haber escrito eso en Marzo de 1896, cuatro meses antes de su prisión, escribe estas palabras en la obra dantesca:

«... si ama la vida locamente como yo la amaba y ve que le pierden por unos ideales que no son suyos...» (1)

«... si estima la vida bojament com jo l'estimava i veu que li van á pendre (2) per unes idees que no té...» (3)

No forzaré aquí el argumento ni aclararé más los elementos del juicio; pero ruego al lector que compare los textos y resuelva, teniendo en cuenta, no de qué se acusaba injustamente al autor, sino por qué se le perseguía, deplorando, por mi parte, que tan joven haya dado lugar á que se hagan semejantes paralelos.

Por lo demás, ¡qué diré de la obra! ¿Que está bien escrita? Creo que sí, aunque me parece que esto se va ya diciendo demasiado. ¿Que es muy triste aquel relato? Sí, mucho, y que otro tanto hubieran podido decir más de cuatrocientos hombres y varias mujeres si fueran literatos y dominase en ellas y ellos el egoísmo sobre el altruismo, aunque para ello hubieran de repetir, con el poeta y con los niños enfermos y mimados: «No hay dolor que iguale á mi dolor.» ¿Que se puede aprender mucho en ella? Bastante; sobre todo á nadie quedará duda ahora de que los días de sol son alegres.

(1) Edición castellana no terminada, según me aseguran, de *La Vida Literaria*.

(2) Errata: creo que debe decir *perdre* (perder) para corresponder á la palabra *pierden* del castellano; á menos que *pendre* (tomar) deba entenderse en el sentido de tomarle por defensor de esos ideales que niega ó reniega el autor.

(3) Edición catalana.

Si cada sér humano tuviera la sensibilidad y la inteligencia tan despabiladas que pudiera expresar en su justo valor el daño que le ocasiona la sociedad, las narraciones como *Les Presons Imaginaries* abundarían tanto como aquellos insectos de que habla Michelet, que, con ser pequenísimos, de su agrupación se forman los continentes. Por eso es preferible desentenderse del propio dolor y pensar más en el ajeno, método seguro para que todos y cada uno recibamos alivio.

Por último, el amor, aquel amor tan grande que se desliza en todas las consideraciones, escenas y aun digresiones de la obra, que parece como una melopea un sí es no es empalagosa que sonase durante su lectura, requiere manifestaciones menos platónicas y más positivas, porque el amor, más que con declaraciones correctamente literarias, se demuestra amando, lo que en el caso presente significaría complacencia en hacer el bien hasta el sacrificio al objeto amado, la humanidad.

Lo digo francamente para poner punto final y aunque no venga del todo á propósito: más que el relato, dantesco según dicen, de Coróminas; más que mis propios recuerdos de las tristezas de la persecución, que no fueron pocas ni pequeñas, pero con las cuales no quiero por ahora entristecer á nadie, me ha conmovido la vista de un dibujo que publica *Progreso* en su número 11: aquella mujer que dirige un arado al que van uncidos otra mujer y un burro, copia del natural, me parece un insulto á la humanidad, es como un salivazo arrojado á la civilización, á la democracia. Es una infame parodia en la realidad de aquel timo católico que pinta los ángeles arando mientras Isidro oye misa. Viendo eso dan ganas de tener delante de sí á los apóstoles, á los evangelistas, á los santos padres, á los filósofos, á los revolucionarios, á los tribunos, á los políticos y lanzarles al rostro esta acusación: ¡Embusteros!

ANSELMO LORENZO,





SECCION LIBRE

EL DESARME

III

¿Y qué diremos de la influencia moral del cuartel sobre la juventud que tiene la desgracia de verse encerrada en su seno? Su acción es verdaderamente deplorable. Allí se enseña al hombre á ser humilde hasta la bajeza con los de arriba y soberbio hasta la brutalidad con los de abajo; el sér humano queda anulado ante la importancia del galón. ¿Puede haber nada más estúpido, más absurdo ni más degradante?

Pero dejemos la palabra á los hechos; ellos, con su gran elocuencia, se encargarán de demostrar la verdad de cuanto decimos.

Refiere Víctor Hugo que cuando Luis Napoleón dió el golpe de Estado había en el ejército dos oficiales hermanos, llamados Dumas, que eran republicanos; uno estaba de guarnición en París y el otro en provincias. Ambos en el acto presentaron su dimisión; pero como en la capital hubo lucha, el capitán de la compañía del primero le hizo ver á éste que su proceder, en tales momentos, podría dar lugar á malévolas interpretaciones, y que el honor del uniforme exigía aplazase su resolución hasta la terminación del conflicto armado; y el joven, dejándose arrastrar por tan bárbaro razonamiento, salió con su regimiento á combatir en las calles contra sus mismos correligionarios y á favor del dictador odioso, porque así lo pedía el honor militar.

Herido en los primeros momentos, fué trasladado al hospital, sufriendo la amputación de las dos piernas; y cuando, terminada la lucha, estrechaba entre sus brazos á su hermano, que había obtenido su licencia absoluta y era ya paisano, como en aquel momento recibiese la cruz de la Legión de Honor que le enviaba el ministro de la Guerra, la cogió y, alargándosela, dijo: Toma, eres tú quien la ha merecido.

Estando yo en Chafarinas, llegó un pobre muchacho, condenado á cadena perpetua por un Consejo de guerra, cuyo delito era el siguiente: ingresó al mismo tiempo que él en el servicio otro joven de su mismo pueblo, con quien le unían lazos de antigua y al parecer de verdadera amistad, y aunque éste ascendió pronto á cabo, no por eso dejaron de seguir tratándose como buenos amigos; pero un día que jugaban de mano, cosa que ocurría con frecuencia, resultó lastimado el que ejercía alguna autoridad, quien, en un arrebató de ira y sin precaver las consecuencias, dió parte por escrito de lo ocurrido, lo que fué bastante para traer sobre la cabeza de su infeliz hermano, pues como á tal lo consideraba, la más terrible de las condenas.

El cuartel, como la prisión y el convento, rebaja los caracteres, corrompe á la juventud, y es un agente poderoso de descomposición y de muerte.

Quejándome yo, en el presidio de Valladolid, de la gran desmoralización que allí había y de la que no era posible pudiera nadie formarse una idea, me contestaron que antes, cuando sólo destinaban á él gentes de mucha carga, como llaman los presos á los de mucha condena, el estado moral de la prisión no era mejor ni peor que el de otra cualquiera; pero desde que mandaron á ella á los soldados, bajó el nivel moral hasta un punto verdaderamente increíble, y cuyas terribles proporciones eran colosales y aterradoras.

Rara era la noche que en dicho penal no hicieran los centinelas fuego sin motivo alguno; las ventanas estaban acribilladas á balazos. Una vez hirieron en una pierna á un tal Carreras, que se hallaba acostado en su cama, y pocos días antes de que quitasen el presidio, encontrándose un pobre farmacéutico catalán hablando con un paisano suyo, separados á más de un metro de una ventana, le atravesaron un brazo y el pecho de un tiro, saliendo el proyectil por una ancha herida, por la que respiraba el paciente, que tenía el pulmón perforado; y como esto ocurrió en un piso alto y el centinela estaba al pie del muro, nadie se explicaba cómo se había efectuado la agresión. Después se supo que quien disparó no fué el soldado, sino un cabo, que necesitó separarse del edificio una regular distancia para poder asesinar á una persona á quien no conocía y que ningún daño le había hecho.

Preguntándole un día un preso á un centinela por qué disparaban todas las noches, oí la contestación siguiente, que daba la clave de lo que á primera vista parecía un problema irresoluble: «—Porque dicen en el cuartel que al que mata á un preso le dan tres meses de licencia.» ¿Es posible imaginar nada más bajo, ruin y miserable? Y, sin embargo, estoy persuadido de que esos muchachos, convertidos en verdaderas fieras, hubieran sido incapaces de cometer actos de esa índole antes de respirar la atmósfera deletérea del cuartel, antes de haberse puesto el uniforme, antes de haberse convertido en instrumento ciego de sus enemigos, en verdugos de sus hermanos.

Los soldados que asesinaron á las víctimas de Montjuich se ofrecieron voluntariamente á desempeñar tan *honrosa* misión; los individuos del Consejo de Guerra condenaron á muerte á varios inocentes.

Por eso nunca habremos trabajado lo bastante por la desaparición de un mal que tales horrores produce, de una calamidad que es la fuente de todas las guerras, la causa de todas las desigualdades y el principio de todas las desventuras que afligen, denigran y diezman á la desgraciada humanidad.

Pero, como antes he dicho, el remedio está en nosotros; tengamos energía, y pronto veremos caer el cuartel, con las prisiones y los conventos, al soplo de la revolución.

FERMÍN SALVOECHEA.

A DOÑA T. DE DEMO

Querida amiga: Muchos días han transcurrido desde la publicación de su trabajo en LA REVISTA BLANCA del 1 de Abril, habiendo casi pasado la oportunidad de la contestación. Ello es debido á que no me decidía á tomar la pluma, convencida de mi insuficiencia para tratar de cuestiones trascendentalísimas; pero al fin me resuelvo,

con la esperanza de ser yo el cuerpo duro y usted el fósforo, y que, con el rozamiento se produzca la llama que ilumine mi inteligencia.

Sabe usted bien que, aun cuando en nuestras entrevistas tratamos sobre cuestiones sociales que me merecen especial predilección, siempre me reservo el papel de oyente, pues para discutir las he de estudiar aún mucho.

Para convencerse de que el orden social es un «conjunto de iniquidades», basta echar una ojeada por el cuadro que ofrece una población cualquiera. Fábricas, talleres, en ellas un enjambre numerosísimo de seres de diversos sexos y edades que trabajan, luchan, se agitan y lo producen todo. Estímulo, premios, honores que coronen estos afanes, ahí están los hospitales, cárceles, asilos, la mendicidad pública y, cuando no, la muerte violenta.

No obstante, concibo para el porvenir una sociedad más justa, más humana. Para alcanzarla confío en el progreso, la ciencia y la educación, y á la consecución de esos ideales emplearé todas mis energías.

Hecha esta ligera exposición de buenos propósitos, voy á contestar á su pregunta:

Entiendo por amor libre la unión de dos seres por libre voluntad, prescindiendo de intervención civil ó religiosa.

No perteneciendo á la Iglesia, no he de discutir lo innecesario de su intervención; pero sí he de hacer constar que ésta reconoce el matrimonio libre en sus tratados de Teología con la denominación de matrimonio natural.

Por lo que respecta á la intervención, tampoco ofrece garantía alguna de felicidad moral y material en el matrimonio.

Las leyes, que sólo tienen de justas el nombre, favorecen siempre al fuerte en perjuicio del débil, y en el matrimonio ocurre lo propio.

Sabido es que la mujer no puede administrar sus rentas, dar al público el fruto del trabajo intelectual, educar á sus hijos, aun cuando el marido sea, moral é intelectualmente, inferior á su mujer. Puede el marido disipar los caudales, no ocuparse poco ni mucho de la educación de sus hijos, ser un vicioso, matar moralmente á su mujer; pero como no haya escándalos ruidosos, todos esos defectos no anulan el matrimonio. En cambio (esto retrata fielmente á las leyes y á la sociedad que las sanciona), «es nulo cuando se casa con Fulana ó Zutana, exclusivamente porque es heredera de unos bienes, ó porque tiene mil duros de dote, y luego no hay tal herencia ó no hay tal dote.»

Entiendo que pretender legislar y regular las pasiones y los sentimientos, es un absurdo; así como hacer el matrimonio indisoluble, otro mayor. En épocas pasadas, las penas aplicadas á los adúlteros, y en particular á la mujer, eran terribles. Entre el pueblo judío, era apedreada viva; en Roma, entregada al populacho, que casi siempre acababa con la vida de la víctima, y, no obstante estos castigos ejemplarísimos, á juzgar por lo horribles, se daban casos frecuentes de adulterio. Según adelanta la civilización, las penas aplicadas son más leves, hasta llegar al presente, en que se dan numerosos casos de adulterio, pocos de castigos por esa causa.

Deduciendo del pasado y presente el porvenir, cabe presumir que se abolirá el matrimonio á medida que adelante la civilización y la cultura.

Y es que la experiencia demostrará que por encima de las leyes están las pasiones, y que á éstas sólo las puede dominar y encauzar un medio social más justo y una educación sana.

No sé si habré interpretado bien su pregunta; si acaso, me hará las objeciones que tenga por conveniente, y probablemente nos pondremos de acuerdo, pues efectivamente hay bastante afinidad entre sus ideas y las mías.

Ofreciéndole «contemplar la magnitud del espacio» desde un lugar menos reducido que el de una jaula, me repito su amiga y s. s.,

JULIA.





TRIBUNA DEL OBRERO

ENTRE JARAS Y BREZOS

I

DEDICATORIA

Á MI QUERIDO AMIGO TEÓFILO, OBRERO DE RIOTINTO

Querido Teófilo: Te dedico esta serie de artículos, escritos entre jaras y brezos, á tí, que me conoces y sabes estimar la idea y el sentimiento que los inspira.

La naturaleza, ingrata contigo, te deformó de tal modo, que, al que por primera vez te vea sin oír de tus labios expresar un pensamiento de los muchos y lucidos que las celdillas de tu hermoso cerebro elabora, causas una penosísima impresión si topas con un ser inteligente y noble que lamente de veras las deformidades que Naturaleza, no siempre sabia, se sirve presentarnos en seres y cosas, para burla y engaño de los hombres científicos y de la moderna ciencia antropológica, por la cual han creído ver los que al estudio del crimen se dedican que por el mero hecho de los defectos físicos, el ambiente y otros determinismos, mídese los *puntos* de malo ó bueno que el hombre *calza*.

Ninguno como tú, querido Teófilo, entre esos buenos y para mí siempre cariñosos obreros, tan acreedor á mis pobres escritos, no por el mérito literario que en sí guarden, sino porque tú, como yo, si bien pensamos cuerda y atinadamente sobre muchas cosas, necesitamos de otro lenguaje más llano y comprensible á nuestra pobre y limitada inteligencia que el escabroso y empingorotado usado por muchos que escriben para el pueblo nuestro, que apenas sabe leer.

Guardo todas tus numerosas y extensas cartas, que son para mí un tesoro que admiro siempre que las leo, cuando el hado adverso se ceba en agitar mi espíritu por la necesidad de un día, una ilusión de la mente perdida, un deseo del corazón no satisfecho ó una duda no aclarada.

Para todos los reveses de la suerte, para todos los sufrimientos y martirios de la vida del obrero, para todos los tormentos del espíritu acongojado, hay balsámicos consuelos y pensamientos filosóficos en tu numerosa é íntima correspondencia. En ella veo el corazón, el sufrimiento y el pesar de todos los nobles y desgraciados hijos del trabajo.

Las ilusiones del obrero selecto de talleres que algo sabe y comprende de los derechos políticos y sociales, muy contento con su mecánico trabajo, leyendo en periódicos, sin aspiraciones grandes, bastándole sólo el diario jornal para cubrir las necesidades de su hogar; el encorvado obrero de cortas, esa horrible sima abierta por su

callosa y rugosa mano, revuelto entre mineral que extrae á fuerza de trabajo y fatigas negras, negras como la masa enorme que golpea con coraje y rabia desesperada cuando el mineral se resiste á sus golpes, y que al fin, el hombre vence y tritura á la mole con su poderosa mano; el barrenero que, colgado de una cuerda que sostiene un compañero, trabaja en el aire, bastando un descuido del de arriba ó una debilidad de sus nervios para que rueden por el precipicio estrellándose en la base del primer banco; el que trabaja en contramina, de mugriento traje, á la tenue luz del candil, alumbrando las profundas tinieblas de esos antros donde jamás ha penetrado un rayo de luz del día; el guardafreno que salta de vagón en vagón en plena velocidad de la locomotora, y que no puede estar muchos años ejerciendo ese gimnástico trabajo sin quedarse sin un remo, cuando no termina su vida aplastado por las ruedas del tren que choca y descarrila; la desdichada joven obrera entre los hombres de catorce á diez y ocho años, á quien tú le llenas el valcal cargándoselo á la cabeza, para que por una tabla inclinada suba á descargarlo en los vagones, que á tanta lástima y compasión muéveme, cada vez que veo á una de esas jovencitas pasar á mi lado con la cesta de la comida al brazo, los pies desnudos, metidos en unas malas alpargatas que sostiene bien atadas á la caña de su pierna por una cinta verde: ¡ah! todos, todos, desde el más humilde y más modesto al más pulcro oficinista; desde el más desgraciado al más feliz empleado, en abigarrado y confuso montón, cual siniestra procesión de sombras, han desfilado por mis ojos al releer tus cartas en una de estas noches frías y tristes del invierno.

Tú has pasado por todos los dolores y te has aliviado contándomelos á distancia. Tú, que tienes un pensamiento elevado y una exquisita delicadeza de sentimientos, te has visto y te ves entre los trabajadores de cortas, donde me dices se han encallecido y estropeado tus manos... Y cuando te vistes así, querido Teófilo, ni una queja ni una protesta de la suerte ingrata me contabas como si para tí no existiera el dolor, y como si los hombres, la naturaleza y la sociedad fuesen contigo justicieros y carinosos.

Eres un hombre y un amigo, y al hombre y al amigo verdaderos dedica las frases que leerás en otros artículos,

AURELIO MUÑIZ.

Galaroza.

CARTA ABIERTA

A mi predilecto amigo Antonio López

Estoy bajo la impresión (que me esforzaré en definir) efecto del siguiente cuadro en que figuro. Estamos en casa de un amigo.

Varios proyectamos trasladarnos á California, sitio en que, según referencias de *Les Temps Nouveaux*, varios amigos proyectan el establecimiento de una colonia anárquico-comunista.

Nuestra conversación recae sobre el tema el amor libre, y aquí entran en juego las preocupaciones.

Ante la posibilidad de que el amigo en cuya casa estamos optase por unirse con otra compañera, hecho que en la mente de la suya llega á ser real y positivo, veo surcar dos lágrimas por las mejillas de ésta, que guarda silencio, causa por la cual no se puede traslucir el mundo de ideas que indudablemente bullen en su mente, unas más oscuras que otras, como consecuencia de la crasa ignorancia en que yace la mayoría de la familia humana.

Para el individuo que se aproxima á la naturaleza y busca é indaga las leyes que rigen y regulan nuestros actos, es ya una obra superior á sus fuerzas tener que romper con las rancias costumbres, que son otras tantas cadenas que nos sujetan allí donde aquellas rigen; el medio en donde vegetamos.

El silencioso sufrir de la compañera hace exclamar á su compañero: «¡No llores, hija! Si el llevarte á la proyectada colonia ha de ser causa de sufrimiento para tí, ya no voy, me quedo», etc... He aquí un hecho que me sugiere las siguientes reflexiones:

Un matrimonio que vegeta en medio de la abundancia para los otros.

Él, relativamente emancipado, proyecta trasladarse con ella é hijos á un sitio donde la satisfacción de las necesidades y el imperio de la justicia será un hecho.

Ella, presa de las preocupaciones, se opone, por temor á un acto que, caso de realizarse, no dejaría de ser lógico, natural, y que conceptúa ilógico y antisocial.

Él, por altruismo hacia su compañera, sacrifica sus aspiraciones de bienestar para toda la familia.

Sucediéndose en mi mente estos pensamientos, recuerdo las penas originadas por el abandono de que fui objeto por parte de mi compañera. ¡La lucha que en mi fuero interno tuvieron preocupaciones, derecho, justicia; los epítetos que me regaló la imbecilidad de parientes, amigos y allegados, tu franca manifestación de solidaridad para mi proceder, amigo López!

La llaga se cerró, mis convicciones se afirmaron por la enseñanza que de mi experiencia personal se desprende, y ahora puedo decir al amigo Joaquín: «Con no sacrificar las preocupaciones de tu compañera, haces el juego de la reacción. Es más; te sacrificas con ella y tus hijos, para una sociedad que sólo te ofrece el presente, sin alimentos ni abrigo, y el mañana el borde de la tumba para descanso.

A. BERNABEU.

Tánger.

¡YA ESCAMPA!

Después de las calamidades que nos han aportado y de habernos mermado consumiendo en los campos de batalla millares de vidas que reclamaban la industria y agricultura de nuestra patria, los *modernos civilizadores* que tenemos, cuyos argumentos y lógica tan sólo encuentran en las armas, se nos vienen con el paño de lágrimas en los ojos, prometiendo enmendarse de los errores cometidos, brindando con el mayor cinismo á este pueblo esquilado por su torpe conducta, su más pronta y justa regeneración.

¡Horror de los horrores! Brindar la paz cuando á cada paso tocamos las consecuencias funestas de su intolerancia y negación.

Díganlo si no las medidas adoptadas para sofocar el justo clamoreo de aquellas víctimas de las campañas de Cuba y Filipinas al pedir lo que con justísimo derecho pedían al llegar repatriados; díganlo otros tantos hechos como arbitrariamente llevan consumados en el corto tiempo transcurrido desde que son poder tales regeneradores.

Pero no debemos atemorizarnos ante la tormenta que nos amenaza; antes por el contrario, hoy mas que nunca hemos de sentirnos fuertes para entablar, si preciso fuese, la lucha que decida nuestro porvenir, toda vez que por el camino que han emprendido quizá no se hagan mucho esperar tales acontecimientos.

Puesto que probado está que quien sacrificó víctimas inocentes por el solo hecho de pretender ó aspirar á gozar de libertades que no encajan en los programas gubernativos del presente, nunca puede pensar más que en engañar y seducir incautos, al par que va dejando tras su huella la mancha de sus crímenes los cuerpos humeantes y ensangrentados de las víctimas sacrificadas por su fanática intransigencia.

Así pensando, y con los hechos que vienen ocurriendo, podemos decir que «ya escampa» ó si es de mejor gusto, ya escapa... la poca tolerancia que hasta hoy, aunque mal, hemos venido disfrutando.

J. FERNANDEZ.



El presente número da fin al primer año y al cuarto trimestre de LA REVISTA BLANCA. Suplicamos á nuestros corresponsales se pongan al corriente con esta administración y á los suscriptores que renueven sus suscripciones. Es un favor que pedimos y que necesitamos de veras.

Con el número 25 dará principio el segundo tomo.

En el artículo *Mi patria*, publicado en el número anterior, se deslizó una errata. En la pág. 652, línea 13, donde dice «único, indestructible», debe decir «único indestructible».

